

es, despues
se lavarán
agua calien-
agua fria y
se se disol-
Así hecho
secar.
sario lavar
ue se veri-
clara y sin
adas ya, se
ma de ja-
dejándolas
hecho lo

(Patron:
m. IV,

estregar,
nera vez,
el reves,
r espacio
rascurri-
en agua
o así, se
quirieran
un vivo
se logra
de salse-
undo con
gándolo
e quiera
os vivo.
mergen
s, hasta
o de co-
adauno.

N 1376.
modelo
eda pe-
n ador-
r detras
Pompa-
ra en el
. Som-

foulard
plissés
stenida

HEMEROTECA
MADRID



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Se publica el 2, 10, 18 y 26 de cada mes

Núm. 36 | Exclusivo Agente Antonio Escamez, Preciados, 35, Madrid. | Madrid 26 Setiembre 1879. | Su Representante en París, Mr. Saisset, 11, rue Cadet. | Año XXIX

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido elegante para señorita.—Vestido con bordados y encajes para niña.—Paletot con aldeta cenida.—Paletot de entretiempo.—Matinée elegante.—Camisa de mañana para hombre.—Enaguas de cola.—Delantal bordado.—Fichú de encaje y cintas.—Fichú de encaje y flores.—Cuello bordado en tul.—Cuello y puños con encajes.—Cuello y puños bordados.—Cenefa y fleco para cortinajes.—Entredoses bordados en tul.—Tapete para velador.—Sillon con velete.—Sillon bordado.—Antepecho de ventana bordado á la cruz.—Marco para fotografías.—Sabanilla

de altar.—Estuche para tenedores.—Alfombra bordada á punto de cruz.—LITRA UK: Las noches de Young, traduccion, por Maria Antonia Gonzalez A.—A la Señora Doña Adela de Ibo Alfaro, poesia, por Lucia Armijo.—Desdichas y penas, poesia, por Valentin Marin y Carbonell.—Baños de Baños. Viajes por mi patria, por Nicolás Diaz y Perez.—La maestra de escuela, por Maria del Pilar Simies.—Bibliografía, por Antonio Alcalde Valladares.—Las puertas del cielo, por Sofia Tartilan.—Correspondencia.—Economía doméstica.—Explicacion del figurin 1377.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. CENEFA Y FLECO ANUDADO PARA CORBATA.

Materiales: Tela fina, hilo núm. 120, algodón de bordar, núm. 80, hilo del Príncipe, núm. 60.

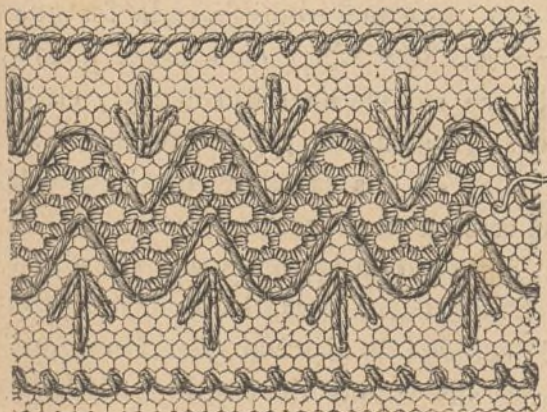
El núm. 1 presenta, de tamaño natural, una cenefa con calados y fleco, propia para corbatas, y que puede reproducirse en grueso para cortinajes ó edredones; las tiras caladas hay necesidad de orillarlas de feston ó sobre hilo; y los núms. 2 y 3 ofrecen muestra del punto para calarlas, que unas veces es á sobre hilo, otras á cordoncillo y otras á punto de feston: todos ellos están harto claros en el grabado. El fleco á picos y borlas, que reproduce alguno de los modelos ofrecidos más detalladamente en otros números, no necesita tampoco explicacion; y las tiras bordadas que van entre los calados están hechas á punto ruso con algodón de color. Una tira bordada une la cenefa al fondo de la corbata.

4 Y 5. ENTREDOSES BORDADOS EN TUL.

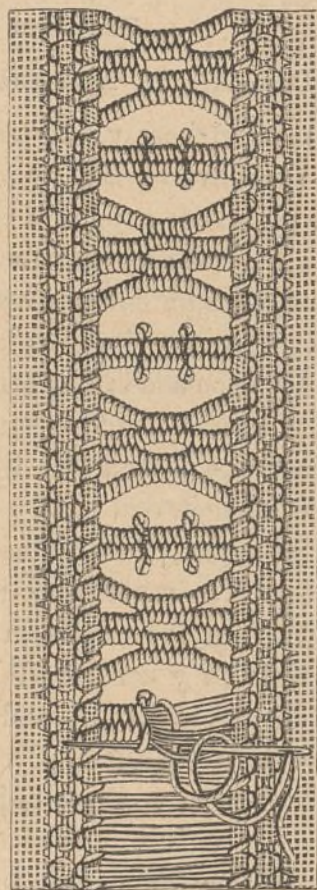
Ambos pueden ser bordados con seda ó con algodón blanco ó de colores, segun el objeto á que se destinan. Pueden servir para cuellos, fichús, cofias, etc. Los calados deben hacerse con hilo blanco fino.

6 Á 9. TAPETE PARA VELADOR. (BORDADO ORIENTAL.)

(Dibujo completo del bordado: en el pliego del 18 por el reves, fig. 49.)



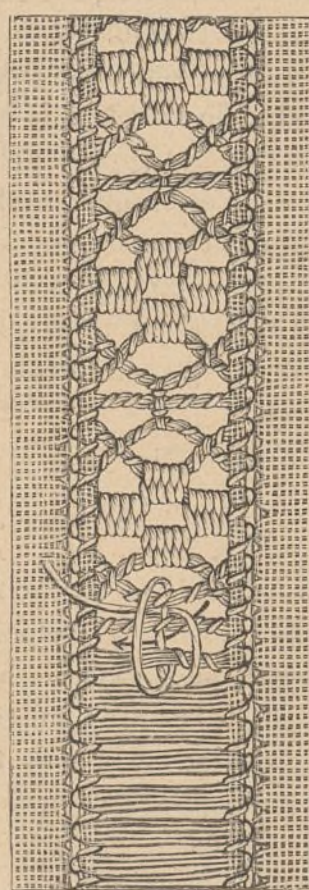
4. Entredos bordado en tul.



2. Cenefa calada para el núm. 1.



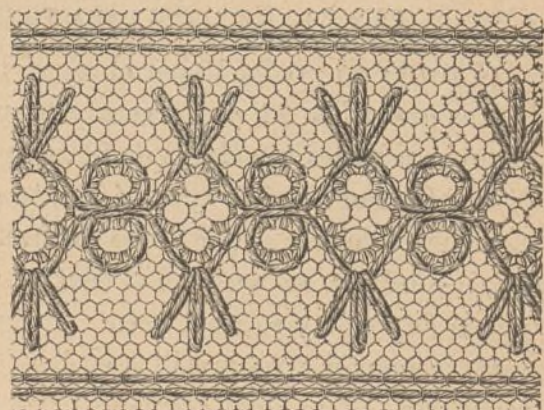
3. Cenefa y fleco anudado para corbatas ó cortinajes. (Véanse los núms. 2 y 3.)



3. Cenefa calada para el núm. 1.

fa bordada de colores y terminado por fleco de tres hileras de nudos. El pliego del 18 da el dibujo de la cenefa bordada á la cruz con seda argelina granate y azul pálido; en el fleco, con los hilos de la tela, se mezclan algunos de seda de los citados colores.

Para el núm. 11 ofrece dibujo el mismo plie



5. Entredos bordado en tul.

Esta labor, de gran vista y fácil ejecucion, se borda sobre un fondo de color cereza en reps, satin de lana ó terciopelo; el núm. 9 presenta uno de los grandes ramos que ocultan casi el fondo, mientras que otros más pequeños forman la cenefa y los presenta el pliego indicado. Para ejecutar este bordado es conveniente poner la tela en el bastidor, y los detalles los presenta con harta claridad el dibujo núm. 9. Los centros se ejecutan cubriendo con estambre de un extremo á otro la hoja, y luego con seda argelina del mismo color se cruza en sentido contrario, sujetando estas pasadas con torzal del color de la seda; los contornos van seguidos con cordon más oscuro que la seda, de modo que cada flor y cada hoja se borda con distintos materiales, pero con el mismo color; las flores son rosa de tres tonos, las hojas en verde y azul oscuro, y otras flores marron en dos tonos. Un forro de lona, y cordon y borlas al rededor, completan el tapete.

10 Y 11. SILLONES BORDADOS

(Modelos: en el pliego del 18 por el reves, figuras 46 á 48.)

Estos sillones se recomiendan por su forma cómoda y la solidez de su bordado.

El núm. 10 está forrado por el tapicero de una tela brochada, y adornado despues de un veletemuy original, que consiste en una tira de 153 cents. de largo por 40 de ancho, que se anuda en el centro como una corbata; este velete es de estameña ó lona amarillenta con ancha cenefa

go del 18 cubriendo el asiento una tira lisa y sólo bordada una cenefa en platabanda, que como el respaldo, se hace con aplicaciones de terciopelo, orilladas de cordon de oro sobre raso azul. Un fleco de seda guarnece este sillón de roble esculpido.

12. ANTEPECHO PARA VENTANA, BORDADO Á PUNTO DE CRUZ.

Es un almohadon de 6 cents. de ancho, que se coloca en el antepecho de la ventana. El que ofrece nuestro grabado está bordado á la cruz sobre tela cruda con algodón encarnado, y el borde orillado de fleco anudado. Por detras va forrado de percalina encarnada.

13 Y 14. FICHÚS DE ENCAJES.

El primero es para un vestido de escote cuadrado, adornado todo de encajes y cintas azul pálido: un plaston de muselina, de 19 cents. de largo y 9 de ancho sostiene los encajes plegados hacia arriba.

El segundo, núm. 14, va adornado de encajes y flores, armado sobre un bias de muselina, que tiene 35 centímetros de ancho por 110 de largo, plegado á lo largo; un encaje Valenciennes, de 3 cents. de ancho, unas veces liso, otras rizado, segun muestra el modelo, le enriquece, cerrándole en el cuello una presilla con boton. Ramo de capullos de rosa al lado izquierdo.

15 Y 16. MARCO PARA FOTOGRAFÍA.

El marco debe estar preparado en carton fuerte y forrado despues de terciopelo verde musgo por el derecho y faya pajiza por el revers; el núm. 15 ofrece el dibujo para bordarle, colocando encima una tira de cañamazo, y haciendo todos los contornos de las figuras con una hilera de puntos de seda pajiza, y despues de sacar los hilos del cañamazo, se rellenan los centros al pasado con seda azul y encarnada. Otra hilera de puntos pajizos y una soutache del mismo color terminan las orillas.

17. SABANILLA DE ALTAR Ó CUBIERTA DE APARADOR.

Labor de encaje irlandés, malla y bordado.

(Dibujo: en el pliego del 18 por el revers, fig. 42 á 44.)

Los cuadros de encaje tienen 16 cents., y se juntan despues de hacerles un dobladillo, con un entredos calado que forma el fondo, rodeando la sabanilla por tres lados un encaje inglés hecho con cinta gruesa; el pliego ofrece la cuarta parte de uno de los cuadros bordados y otro de los calados, como tambien una muestra del encaje que le guarnece. El entredos de malla es de 9 puntos de ancho, y los cuadros bordados son en cañamazo estameña que se borda y cala con gran facilidad.

18 Á 21. PALETOTS.

18 y 19. *Paletot ceñido*.—(Patron: en el pliego del 18 por el revers, núm. 1, figs. 1 á 7.)

En el mes de Julio hemos ofrecido un cuerpo cortado por el mismo patron, cuyos delanteros y costadillos se completan con una aldeta recta, miéntras la espalda se corta de todo el largo, haciendo la aldeta un pequeño pliegue á los dos lados del costado; un bias de tela rayada orilla el paletot, que se completa con cuello, vueltas y solapas de la tela del adorno.

20 y 21. *Paletot*.—(Patron: el mismo que el anterior.)

Varia del anterior en que éste debe hacerse de la misma tela que el vestido, completando un traje de otoño; los bolsillos tienen 16 cents. de largo, y las vueltas de manga tienen 13 cents. de una orilla y 16 de la otra que queda debajo. Cierra con dos carreras de botones, y le adorna cartera por detras.

22 Y 23. ESTUCHE PARA TENEDORES.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, fig. 37.)

Los grabados 22 y 23 representan un estuche muy cómodo para los tenedores de plata: puede adornarse de diferentes modos, á la cruz, á punto gobelino, etc. El estuche es de tela gris forrado de franela encarnada. El galon bordado se cose en el centro, á 6 cents. de distancia de abajo y sobre 40 cents. de largo, de modo que vaya formando unas presillas en las cuales se meten los tenedores. El modelo contiene hasta doce. Una cinta, de 30 cents. de largo y 5 de ancho, respunteada por

ambos lados y adornada de un galon bordado, cierra el estuche, que se pliega arrollándolo; en cada extremo un boton y un ojal.

24 Á 26. DELANTAL BORDADO.

(Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el revers, fig. 39.)

Aunque de tela gruesa, y destinado á los quehaceres de mañana, no deja por eso de ser elegante, llevando un bordado á la cruz con algodón encarnado. Este se puede ejecutar en la misma tela (cinco hilos en cuadro), ó con el auxilio de un transparente de cañamazo. El delantal tiene 64 cents. de largo y 55 de ancho, fruncido de arriba y ligeramente escotado. La cintura, de 4 cents. de ancho, y el plaston, de 18 cents. de altura y 30 de ancho arriba y 17 abajo, van adornados con un galon bordado á la cruz, que se halla á 3 cents. del borde de arriba. A los lados lleva un bias de percal de Alsacia caroubier y dos hileras de puntos á la cruz. Los puntos del echarpe ó caídas tienen 2 y 39 cents. de largo por 13 de ancho. La puntilla italiana, cosida al borde, está sujeta por un bias de 2 cents. de ancho. Se ejecuta sobre tela á feston con algodón de color. Un bias de percal y bordados guarnecen igualmente el bolsillo.

27. ALFOMBRA BORDADA Á PUNTO DE CRUZ.

Al dar este precioso grabado no tenemos más idea que aumentar el número de los modelos de esta labor, tan en moda hoy. Se borda sobre cañamazo amarillento con lana y seda granate de dos tonos.

28. CENEFA BORDADA CON SEDA.

Es muy á propósito para adornar fichús, cofias y hasta trajes elegantes: se borda sobre tul de Bruselas con seda, siendo las flores y las ondas rosa y el follaje oliva.

29 Á 32. CUELLO BORDADO EN TUL.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XII, figura 38.)

Al cortar el cuello debe cuidarse de que la parte de atras quede al hilo, siendo el bordado con algodón de dos gruesos.

Se empieza en el medio por la punta (Véase el número 32), y se continúa con regularidad á tiras. El grabado 29 da de tamaño natural la tira de relieve y la cenefa, y lo mismo el grabado núm. 30. Un encaje breton plissé, de 3 cents. de ancho, rodea el cuello, y un rizado de gasa lisa el escote.

33 Á 35. CUELLOS Y PUÑOS BORDADOS Y CON ENCAJES.

Ambos modelos sirven para complemento de un vestido escotado en corazon; el primero lleva peto de encaje, y el segundo forma fichú con picos bordados. Puños iguales.

36 Y 37. CAMISA DE MAÑANA PARA HOMBRE.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núm. VII, figuras 28 á 33.)

En vez de puño, lleva una tira bastante ancha para que pueda pasar la mano, y á ella va montada la manga, llevando un bordado á la cruz (Véase grab. 36), lo mismo que el cuello vuelto y la tira de delante. El bordado se ejecuta sobre un galon de 5 cents. de ancho, con algodón azul y negro, sobre una tira de percal respunteada luego. La camisa de cretona mide desde la boca-manga 82 y 85 cents. delante y atras, por 88 de ancho de abajo, comprendidos 2 cents. para el doblez de delante. Un cordon azul y blanco con borla de seda reemplaza la corbata.

40 Y 41. VESTIDO PARA SEÑORITA DE DOCE AÑOS.

Es un vestido princesa cerrado por detras, de lana, guarnecido con bordados. Al cortarlo debe darse tela suficiente para los pliegues de delante. Cada uno de los cuatro pliegues, sujeto con patas puestas al traves, tiene 5 cents. de profundidad y cae recto, á partir de la última pata. El cuello, abrochado sobre el vestido, tiene 6 cents. de ancho, y la cartera de la manga 7 cents.

42 Y 43. DOS ENAGUAS DE COLA.

(Patron: pliego del 18 por el revers, núms. IX y X, figuras 35 y 36.)

El primero lleva cola añadida, y su adorno consiste

en dos volantes ligeramente fruncidos y sujetos con un bias. El de arriba se corta sobre 20 cents.; el otro sobre 12 cents. de altura, y lleva una tira bordada.

La segunda lleva una cola abrochada, para quitarse segun se quiera, lo que la hace sumamente cómoda. El adorno de la cola consiste en plissés, de 5 cents. de altura, orillados de un Valenciennes, cayendo uno sobre otro, y sujeto con bieses respunteados.

44 Y 45. MATINÉE (PALETOT DE MAÑANA).

Tiene la forma de un paletot, con un pliegue Watteau cruzando tres veces en el centro de atras, para el cual hay que dar el surplus de tela necesario.

Esta matinée, sobre una elegante falda de cola, hará un delicioso atavío para dentro de casa.

Ambos modelos son de cachemir, uno blanco y otro azul. El adorno consiste en un plaston formado de tiras plissés, orilladas de puntillas, cuyo pié oculta un entredos y lazos de cinta que hagan juego.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LAS NOCHES DE YOUNG.

SÉTIMA NOCHE.

EL CARÁCTER DE LA MUERTE.

Traduccion del francés

POR MARIA ANTONIA GONZALEZ DE A.

¡Qué caprichosa y qué cruel es la muerte! ¡Si al ménos no se llevase más que los desgraciados y los viejos!... ¡Si ella se sujetase á seguir el curso de la naturaleza en lugar de adelantarse! ¡Si esperase que nuestros cuerpos, consumidos por los años, cayesen ellos mismos en polvo para arrojarlos en la tumba!... Pero frecuentemente la despiadada nos arrastra llenos de fuerza y de salud. Cuando la vida es un mal, ella nos la deja; si es un bien, nos la arranca. Se complace en dejar sobrevivir el indigente al rico, y el mortal miserable al mortal afortunado. ¡Cuántos hombres robustos son cosidos en su paño mortuorio por las débiles manos de valetudinosos, en los cuales la vida no es más que una muerte lenta y continuada! ¡Cuántas veces apercibís un padre decrepito llorando inclinado sobre la tumba de sus jóvenes hijos! ¡Oh Narcisa! ¡soy yo el que he cavado la tuya y el que te ha colocado allí en la primavera de tu vida!...

Pero, ¿por qué contar tus años? Tú has vivido largo tiempo en pocos dias, puesto que eras virtuosa. No es el astro de las estaciones, es la virtud, la que mide la duracion de nuestra verdadera existencia. Sin virtud, se muere joven despues de un siglo de vida; borremos de la fecha de las tumbas los años que han sido estériles para ella; el hombre no los ha vivido.

Cuando la virtud se extingue en su corazon, el resplandor del oro aumenta á sus ojos. Se llena sin jamás satisfacerse. Pero, ¡qué mal conocida es la fortuna por los ciegos mortales! Esta diosa de sonrisa alegre, de corazon pérfido, se complace en atormentar, en engañar á sus insensatos amantes. ¡Qué caprichoso cuadro me presentan ellos en sus largas fatigas! ¡Qué triste espectáculo me ofrecen en sus vanos goces!...

La fortuna, agitando en los aires sus doradas alas, hace brillar sus tesoros, muestra los dones, llama á la casualidad y la encarga de distribuirlos. Una multitud de mortales abre sus manos, le tiende los brazos y se apresta á recibir y arrancar sus beneficios. Ved, mién-

tras que ella los reparte, con qué furia se arrojan ellos los unos sobre los otros. ¡Ved cómo el amante olvida á su amante, cómo los amigos destruyen á sus amigos, y los hijos á sus padres, qué sagacidad para descubrir, qué audacia para apoderarse de su presa! Por poco que la ocasion les favorezca, nada les detiene. Ellos franquean sin escrúpulo las barreras sagradas de la justicia y de la probidad. Siguen la huella del lucro; se fatigan en perseguir destinos y dignidades, hasta que agobiados de cansancio sucumben.

Su ardor es igual, pero sus destinos diferentes. El uno, demasiado impetuoso en sus deseos, le falta el objeto por demasiado apresuramiento en apoderarse de él; el otro le toca, cae, y su presa se le escapa. Estos aplauden sus éxitos; pero en medio de su encanto, un reves imprevisto, como un turbion, de pronto arrebatada sus riquezas y las trasporta á manos admiradas de recibirlas.

Desgraciados aquellos cuyo corazon esté tan fuertemente adherido á las riquezas que no pueden separarse sin desgarrarle. El avaro, más desgraciado, perece cerca de su tesoro inútil, y gime todavía por tener pan. ¿Dónde correis, rivales irritados? Vivid en paz, y gozad de los bienes que habeis conquistado... Ellos no escuchan nada. Su resentimiento les ciega. El odio les arrastra al antro ardiente de los procesos. El negro cuervo de las sutilezas y los embrollos bate sus alas á la vista de su presa, y grazna de alegría despojándolos: llegados de un palacio, ellos vuélvense mendigos en una cabaña. Es que la fortuna se hunde bajo el peso de sus dones. ¡Que se encuentran pocos hombres que sepan soportar la felicidad! Pero la muerte viene á consumir todas estas diferencias, y á reducir las todas á una igual pobreza. Ella reúne los nombres de los mortales en su urna imparcial; allí confunde todas las edades, todos los grados de fortuna y de mérito. Su mano los agita con indiferencia y los saca á la casualidad; ó si ella hace una eleccion, ¡desgracia á los mortales felices! Aquel que se crea más lejos de su brazo invisible, es el primer herido.

Sin duda el Eterno ha dicho á la muerte: «Hiere con los golpes más inesperados y con los más propios de alarmar á los vivos.» ¡Qué fiel es ella en apoderarse de esas órdenes terribles! ¡Cómo engaña nuestra esperanza y juega con nuestra seguridad! Todos los dias desmiente nuestras conjeturas y confunde nuestra vana prevision. ¡Cuántos hombres nos admiran por el género de su muerte! Nuestra sorpresa sobrepuja todavía á nuestro dolor.

La prosperidad arroja un resplandor siniestro... Una gran felicidad amenaza un gran contratiempo. La fortuna parece haber hecho una sociedad cruel con la muerte. Ella nutre delicadamente las víctimas que le destina; cuando las ha engruesado con sus dones, las envía, adornadas de flores, al sacrificio. Cuantas veces la he visto buscar un desconocido bajo la cabaña de la oscura pobreza, trasportarle de un vuelo al seno de la opulencia, reunir bajo su mano los bienes y los honores, hacerle su ser predilecto, colocarle á la vista sobre la altura, y, en el momento en el cual es el objeto brillante de las miradas celosas del público, mientras que su corazon, bajo el encanto, se embriaga con el sentimiento de su nueva existencia, precipitarle de pronto, desde la cumbre de la felicidad, bajo la espada de la muerte! ¡Por la mañana era el objeto de nuestra envidia, por la noche fué el de nuestra compasion y nuestras lágrimas!

Un roble soberbio balancea por encima de los aires su frondosa cima, y esparce sobre la llanura, en un vasto contorno, la frescura y la sombra; los ganados, abrasados con el fuego del dia, se reúnen y se detienen bajo su abrigo impenetrable.

Largo tiempo ha arrostrado los vientos y las tempestades; pero el hacha nota su altura y se clava en sus raíces: herido con golpes redoblados, sucumbe gimiendo; cae como un rayo sobre la planicie, que retumba, y la cubre con la inmensa extension de su ramaje. La selva vecina se estremece con el ruido de su caída. Los ecos lejanos de los valles y de los torrentes responden. Así, para consternar la vulgar multitud, la guadaña de la muerte inmolaba grandes víctimas y derriba las cabezas ilustres. La felicidad atrae su espada.

Cuanto más resplandor arroja la vida, menos dura. ¡Cómo brillaban de juventud y de salud los ojos de

mi hija! ¡Ella estaba demasiado bella para vivir! Yo era demasiado feliz... No lo he sido largo tiempo. Yo no podia persuadirme que tanta belleza debia perecer al instante. Yo no podia resolverme á confesarme á mí mismo que aquella boca, que me sonreía tan tiernamente, iba para siempre á cerrarse, y que la que yo veía vivir, estaba ya muerta. Es así como la muerte se cubre de las apariencias de la más hermosa vida. Ella se ofrece á nuestros ojos engañados bajo el colorido de la salud más brillante. El corazon imprudente de un amante se deja deslumbrar por los atractivos de su amada. ¡Viendo ese tinte de rosas, esos labios frescos y rojos que llaman á los besos, esa sonrisa de gracias, olvida que ama á un sér mortal! ¡El desgraciado está lejos de pensar en las lágrimas que á la hora siguiente va á verter en su desesperacion!

(Se continuará.)

Á LA SEÑORA DOÑA ADELA CANO DE IBO ALFARO

EN SU ALBUM.

Hoy quisiera por tí tener un sueño,
que en delirio fantástico y risueño
me pudiera inspirar;
y ensalzando tus prendas peregrinas
con frases celestiales y divinas,
premiar así mi afán.
Te diría en mi sueño delirante,
que expresa tu bellísimo semblante
un alma angelical;
que pasas por el mundo cual las flores
al derramar los mágicos olores
de su huella fugaz.
Y gozando tan plácida ventura,
halaga con dulcísima ternura
tu cándido mirar;
y está tu corazon de dichas lleno,
viviendo cual las musas en el seno
de un arte celestial.
Mucho más te diría, Adela amada,
¡mas cómo hallar la frase delicada
que no has oído ya?
¡Tú, que escuchas palabras tan discretas,
y vives rodeada de poetas
que alaban tu beldad?
¡Cómo pulsar las cuerdas de mi lira,
cómo lo haré, si cuanto más suspira
más desacorde está?
¡Cómo arrancar un eco placentero?
Adela, créeme, mucho te quiero;
No sé decirte más.

LUCÍA ARMIGO.

Alborea, Agosto 79.

DESDICHAS Y PENAS.

Por más que á un ángel de hermosura adores,
pues eres hombre, y cual los hombres eres,
ver deslizarse tu existir no esperes
sin que marchitas esperanzas llores.

¡No mueren como chispas los amores?

¡Es eterno el amor de las mujeres?

Por un sólo momento de placeres,

¡Cuántas y cuantas horas de dolores!...

¡No ves aquel peñasco que resiste

del mar á los esfuerzos colosales,

haciendo siglos que luchando existe?

¡Ves aquel humo alzarse en espirales

y confundirse con la bruma triste!...

Humo es la dicha, peña nuestros males.

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

BAÑOS DE BAÑOS.

(Viajes por mi patria.)

VI.

DE CÓMO EL LECTOR CONOCE SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

El monasterio del Escorial es un edificio sobre el cual se han dado las más encontradas opiniones. Para los que no han recorrido la Italia, cuna del arte; para los que no conocen Roma, nido de creaciones gigantes; para los que no han estudiado las maravillas que

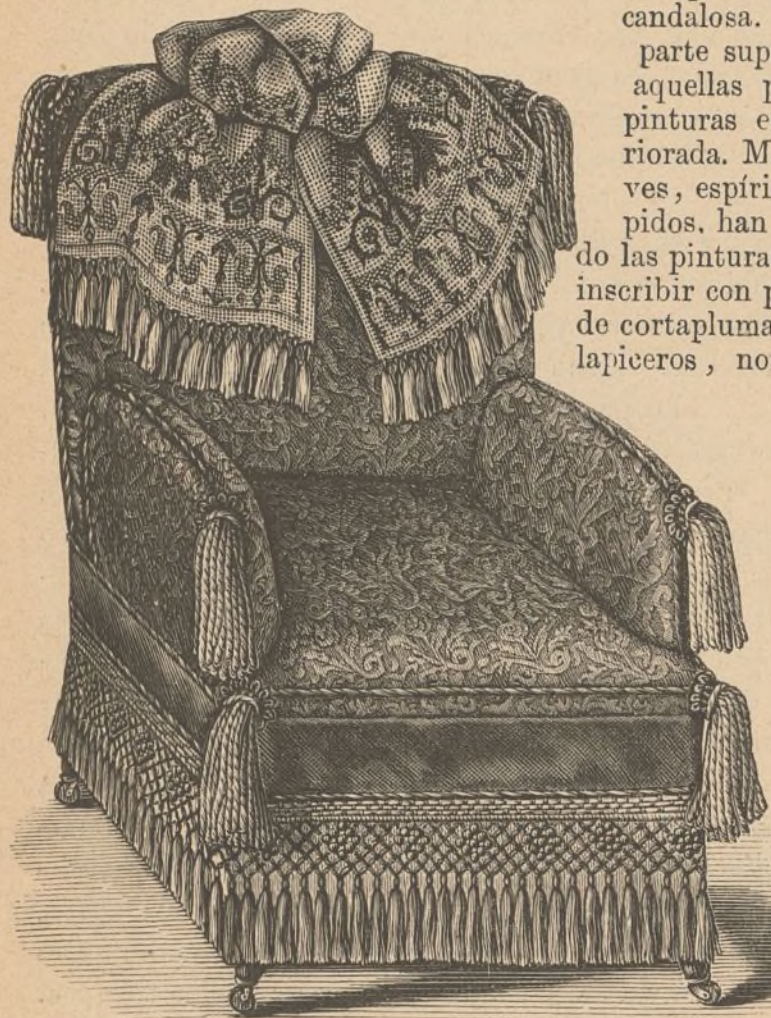
el hombre ha creado en todas las edades, el monasterio de San Lorenzo es una obra colosal. Y la verdad es que el edificio en sí desmiente á todos los que tal dicen. El arte griego con su mitología fantástica, que hasta Rafael tuvo que llevar al misticismo de sus cuadros; la civilizacion romana con su antiguo paganismo; el grosero materialismo de los pueblos de Oriente con sus deslumbrantes bellezas; el oival arabesco, ni el calado minucioso que tanto predomina en el gótico, nada de estos encantos puede el artista encontrar en la obra que trazara en 1563 Juan Bautista de Toledo, y terminara veinte años más tarde, en el de 1584, su discípulo Juan de Herrera. El ejemplo que á estos dos arquitectos les ofrecía la catedral de Sevilla y los monumentos de la hermosa Granada; el que les brindara la catedral de Córdoba y los templos de Avila, ya que no quisieran ir á buscar en Italia modelos que imitar, debieron haber influido en el ánimo de los autores de San Lorenzo para dar á su obra un aspecto más artístico. Críticos hay que ven en esta falta un carácter de la época que distingue en España á los príncipes de la casa de Austria. Felipe II, con especialidad, que es el que más caracteriza á los suyos, era sombrío, taciturno, avasallador, como todos los monarcas del siglo XVI, y por su idiosincracia poco afecto á las expansiones del genio á que son tan dados los artistas y poetas, con quienes vivieron más inmediatos los príncipes Borbones. Hasta Carlos V, todos los reyes de Castilla y Leon, habian, en más y en ménos, rendido gran amor á lo bello. Alfonso el Sabio y Don Juan II ejemplos dieron de entusiasmo de artistas. La época caballeresca de los torneos y de los juegos florales, terminaron casi con la muerte de Isabel la Católica. Inaugúrase, pues, una época nueva en el siglo XVI, y esta evolucion movia el sentimiento de los hombres que daban vida al pueblo español en aquellos tiempos. Los poetas fundan la escuela del gran teatro clásico español; los pintores rompen la rudeza plástica de los primitivos coloristas, para seguir á Juan de Juanes, y los arquitectos sueñan con un orden nuevo, mejor dicho, con un estilo propio. Y aquí está justificada la característica obra del Escorial, reflejo vivo de los tiempos de Felipe II. El célebre monasterio mandado hacer por Carlos V, para panteon de sus descendientes, y dedicada por su hijo á San Lorenzo, en cuyo dia del año 1557 se ganó la famosa batalla de San Quintin, es un monstruo disforme de piedras que han sido trasladadas de las sierras próximas, y agrupadas unas sobre otras, formando ángulos rectos y polígonos perfectamente alineados. Lo mismo puede ser aquel edificio monasterio, que cuartel, ó que hospital. Nada determina, en su aspecto exterior, el destino de aquel edificio. Lo contrario de otros, donde el más pequeño de sus detalles denuncia el objeto para que fué creado. Nadie que recorra la Alhambra de Granada dejade adivinar que aquel suntuoso edificio fué la morada de los reyes descendientes de Mahoma. Nadie que pase por las inmediaciones de la catedral de Sevilla duda que aquella famosísima obra está dedicada á la religion católica. Un fragmento, un capitel, la punta de una aguja, ó el remate de un cimborrio, denuncia, cuando el autor de la obra ha sabido imprimirle carácter, lo que pueda ser ella, lo que vale. Por un pié pequeño, por una voz suave y candorosa, se adivina á una divinidad soñada por Rafael. Es la ley fija, ineludible, que nos explica Cuvier. Jesús decia con una intuicion que le era propia: *mira al árbol para conocer su fruto.*

San Lorenzo del Escorial desmiente todos estos aforismos. Nadie sabe, mirándolo por de fuera, lo que es aquel edificio, grande por lo que guarda, hermoso por las riquezas que atesora, bello por la multitud de los recuerdos artísticos que encierra dentro de sus muros; pero malo por su aparente conjunto; frio, como el monarca que dirigiera aquella obra, y sin gusto alguno en sus detalles y conclusiones, sin otro carácter que el decayente estilo que soñaron sus autores, y que por su propia deformidad no llegó á formar escuela, como no podia formarla en el pueblo español, donde han dejado profundas huellas las civilizaciones pasadas, en sus monumentos, que son la historia viva de todos los pueblos.

Para saber lo que vale el monasterio de San Lorenzo, hay necesidad de visitar su interior, recorrer sus galerías, su templo, sus claustros, los panteones y las capillas. Pero el artista puede ver en todo el monasterio un buen museo mejor que un gran templo. Todos los pin-

ores y escultores que tenía Europa desde Felipe II hasta Felipe IV, tienen preciosos frescos, tablas primorosas, lienzos de primer orden, cobres excelentes y esculturas notables. Desde los cuadros de Lucas Jordán, hasta las colosales estatuas de los cuatro Profetas, que adornan la portada principal, es digno de conocerse. Tibaldi pintó los frescos del claustro principal; las batallas pintadas por Granello y Fabricio, y con especialidad la dada en *Hiquerueta*, es sorprendente.

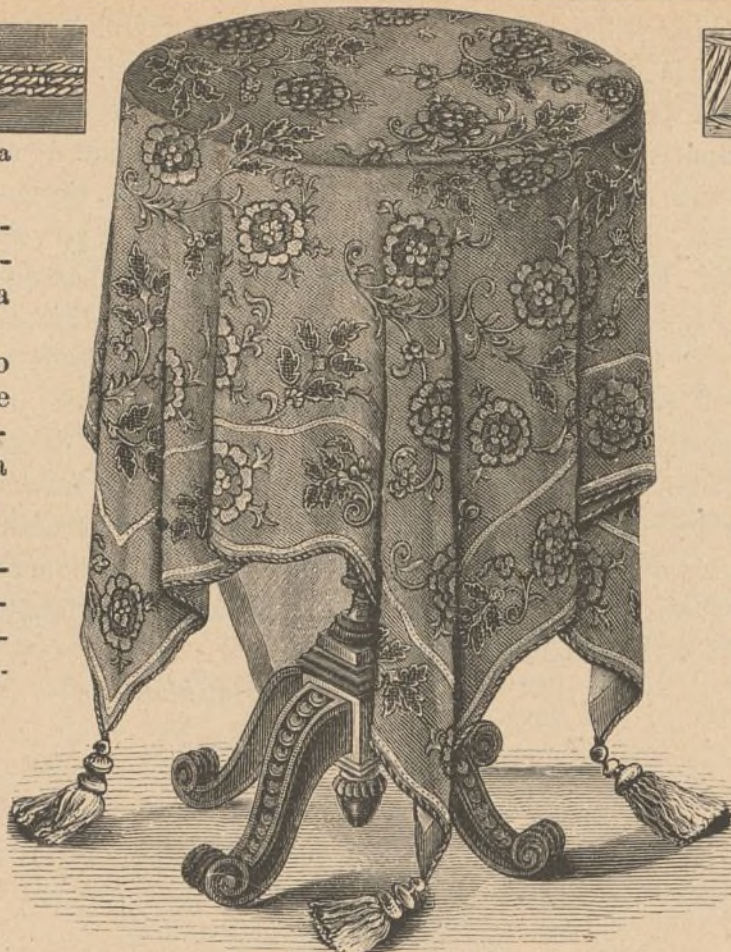
Contemplábamos con algún entusiasmo estos frescos, cuando bajando la vista á los zócalos, quedamos sorprendidos ante una profanación escandalosa. Toda la parte superior de aquellas preciosas pinturas está deteriorada. Manos alevices, espíritus estúpidos, han estropeado las pinturas para inscribir con puntas de cortapluma, con lapiceros, nombres



10. Sillon con velete.



7. Bordado para el núm. 6.



6. Tapete para velador. Bordado oriental. (Véanse los núms. 7 y 9.) (Dibujo: pliego del 18 por el revers, fig. 49.)



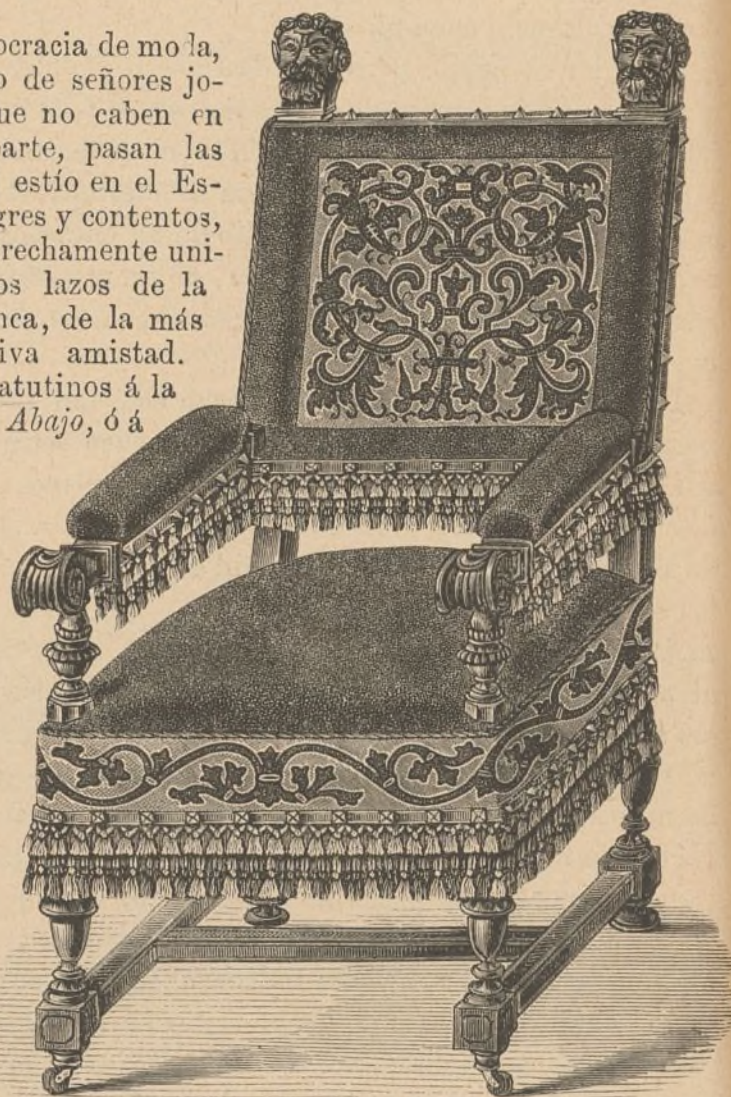
12. Antepecho de ventana bordado á la cruz. (Dibujo: pliego del 18 por el derecho.)



8. Bordado para el núm. 7.

yendo estos versos, en que debió mejor escribirlos en las paredes de su casa, ó sobre la puerta de su alcoba. Por supuesto, que estas profanaciones se las cuelgan á las pobres gentes del pueblo que entran á visitar el monasterio, abriendo una boca descomunal, y salen de él cerrando los ojos. No hay para qué decir que el pueblo, tal mente la gente llamada del pueblo, entran allí con cierto recogimiento que apenas si se atreven á pisar fuerte, y por lo común ninguno sabe trazar una A, porque les estorba lo negro.

La aristocracia de mo la, ese diluvio de señores jovencitos que no caben en ninguna parte, pasan las épocas del estío en el Escorial, alegres y contentos, y todos estrechamente unidos por los lazos de la más franca, de la más expansiva amistad. Paseos matutinos á la Casita de Abajo, ó á



11. Sillon bordado.

y fechas. El joven almibarado que viaja en primera y acompaña á la hija de una marquesa, escribe sobre el mejor rasgo de una figura trazada por Tibaldi: *Manuel Sanchez del Cid y Rosa Laura*. El ex-gobernador, el jefe de negociado, el capitalista, todos los pedantes que han visitado aquel lugar, no regresan á su hogar sin dejar recuerdo íntimo de su estada en el monasterio. Por supuesto, que allí se encuentran nombres tan célebres como éstos: José Sanchez, Manuel Perez, Antonio Suarez, Pedro Garcia: notabilidades que se exhiben entre el Prado y la Castellana.

Estas huellas bárbaras se encuentran tambien en las puertas de caoba y de ébano del coro y de la sacristía.

Un viajero ha trazado con lápiz estos tres pésimos versos:

Todos los que aquí vinieren—son unos solemnes tontos—si en este sitio escribieren.

El remedio es peor que la enfermedad.

Una señorita ha dejado en la pared que forma el hueco de una ventana este delicado pensamiento:

La vida de la virtud—es vida de gran consuelo:—si espinas siembra en el mundo—flores recoge en el cielo.

Yo pensaba, le-



9. Bordado de tamaño natural para el núm. 6. (Dibujo completo: en el pliego por el revers, fig. 49.)

bió mejor
u casa, ó
or supues-
e las cuel-
ueblo que
abriendo
s. No hay
amada del
enas si se
be trazir



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Pl. 404.

1877

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



13. Fichú de
y cintas

bamos el mo
cion al hotel
gueros de enc
algunos com
nes conversa
así hasta la l

Es el com
paralelógram
do en el cen
larga y ang
platos, frute
rrones de flor
aquel comedo
so y bien al
muy arrima
que nos acom
drid, nos ag
do aceitunas
tras su comp
plato, con la p
ruedas de sal

Frente á e
reja se senta
de aspecto d
á quien Pari
haba de apla
frenesí. Era e
tor Corver.
de estas tres
preparaba á c
la comida.

NICOLÁS I
(Se contin

LA MAESTRA

MADAME
Arreglo d
DE MARÍA DE

Susana pro
al anciano vic
sar más en
amor de Ra
este habia p
do ocho días
pues de hab
entrevista co
la que, á no
le participó
maestra rehu
y su amor.

La noticia
conde de Nug
prendido un
te llegó hasta
tendida por
cerró, sus h
rante el invie
ra con sus al
permaneció
daba amarga





13. Fichú de encajes y cintas.

abandoná-bamos el monasterio en dirección al hotel de Miranda, seguros de encontrar á la mesa algunos comensales con quienes conversar un rato y pasar así hasta la hora de partir.

Es el comedor del hotel un paralelogramo regular, cortado en el centro por una mesa larga y angosta, adornada de platos, fruteros, botellas y jarrones de flores. Tiene alegría aquel comedor por lo espacioso y bien alumbrado. Rafael, muy arrimadito á la viajera que nos acompañó desde Madrid, nos aguardaba comiendo aceitunas sevillanas, mientras su compañera sacaba del plato, con la punta del cuchillo, ruedas de salchichon.

Frente á esta joven pareja se sentaba otro señor de aspecto desagradable, y á quien París entero acababa de aplaudir con loco frenesí. Era el célebre doctor Corver. En compañía de estas tres personas me preparaba á dar principio á la comida.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.
(Se continuará.)

LA MAESTRA DE ESCUELA

POR

MADAME BOURDON

Arreglo del francés

DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

VI.

Susana procuró obedecer al anciano vicario y no pensar más en el amor de Raoul; este había partido ocho días después de haber tenido una entrevista con el cura, en la que, á no dudarlo, éste le participó que la joven maestra rehusaba su mano y su amor.

La noticia de que el vizconde de Nugent había emprendido un viaje á Oriente llegó hasta Susana, extendida por los criados del castillo: éste se cerró, sus habitantes marcharon á París durante el invierno, y cuando volvió la primavera con sus alegres risas, la opulenta mansion permaneció cerrada, porque su vista recordaba amargamente al anciano conde la au-

las Arenitas; citas, escenas y aventuras en los alrededores de la fuente de los Capones; expediciones en lindos y traviesos borriquitos, en que pasa mucho de lo que pinta Paul de Kock en sus novelas; paseos au clair de lune delante de la Lonja, funciones teatrales muy animadas, bailes, serenatas, y de cuando en cuando... arañando los zócalos de Tibaldi, ó mutilando las esculturas que están á su alcance, para decir después que á las gentes del pueblo no se les debía dejar entrar en el monasterio si se quiere defender las preciosidades que en él se guardan, de profanaciones escandalosas, perpetradas por la populachera que todo lo invade.

Haciendo algunas consideraciones sobre este mismo tema, y cuando la luz se iba escondiendo por las

sierras vecinas

abandoná-

bamos el monasterio en direc-

ción al hotel de Miranda, se-

gueros de encontrar á la mesa

algunos comensales con quie-

nes conversar un rato y pasar

así hasta la hora de partir.

Es el comedor del hotel un

paralelogramo regular, corta-

do en el centro por una mesa

larga y angosta, adornada de

platos, fruteros, botellas y ja-

rrones de flores. Tiene alegría

aquel comedor por lo espacio-

so y bien alumbrado. Rafael,

muy arrimadito á la viajera

que nos acompañó desde Ma-

dríd, nos aguardaba comien-

do aceitunas sevillanas, mién-

tras su compañera sacaba del

plato, con la punta del cuchillo,

ruedas de salchichon.

Frente á esta joven pa-

reja se sentaba otro señor

de aspecto desagradable, y

á quien París entero acaba-

ba de aplaudir con loco frenesí.

Era el célebre doctor Corver.

En compañía de estas tres

personas me preparaba á dar

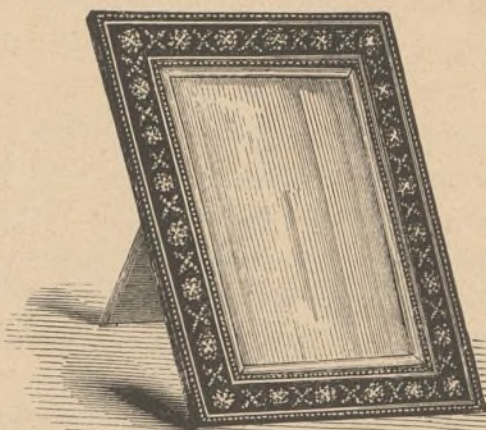
principio á la comida.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

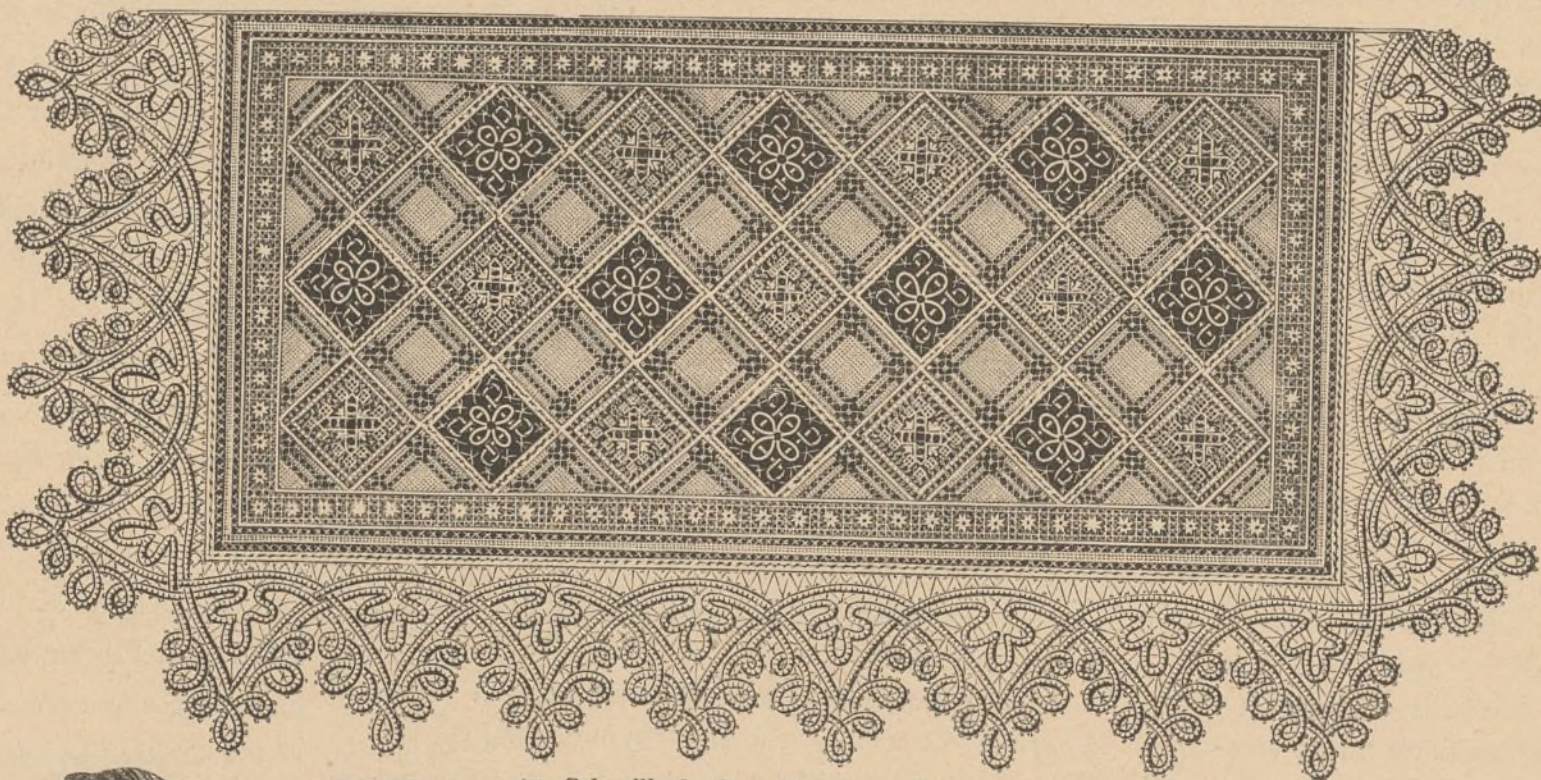
(Se continuará.)



15. Galon bordado para el marco núm. 16.



16. Marco para fotografía. (Véase el núm. 15).



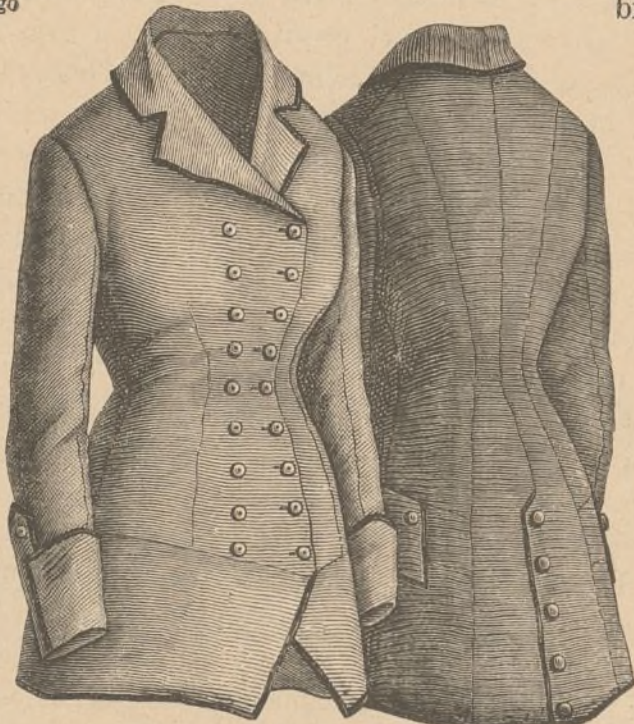
17. Sabanilla de altar (Dibujo en el pliego del 18 por el revers, figs. 42 y 43).



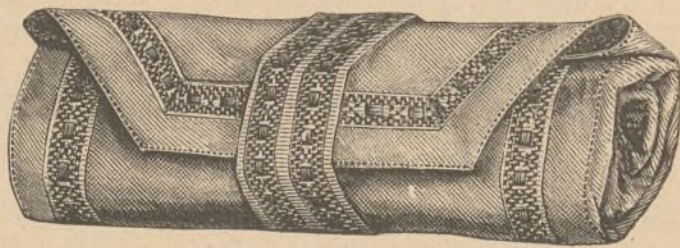
18 y 19. Paletot con aldeta ceñida. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. 1, figs. 1 á 7)



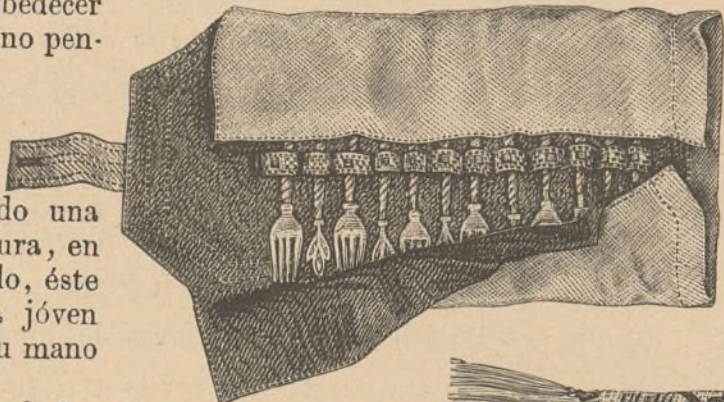
24. Delantal bordado. (Véanse los núms. 25 y 26.) (Dibujo: pliego del 18 por el revers, figs. 39 y 40).



20 y 21. Paletot ceñido.



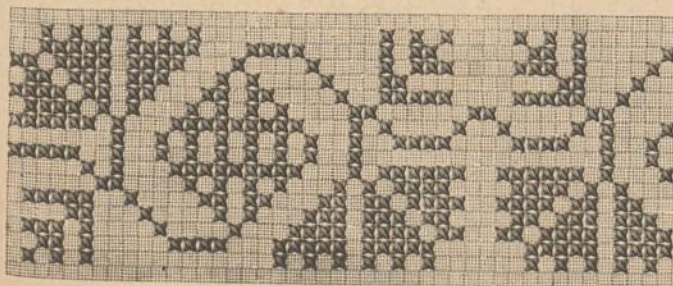
23. Estuche para tenedores. (Véase el núm. 22.)



22. Estuche para tenedores. (Véase el núm. 23.) (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, fig. 37).



27. Alfombra bordada á punto de cruz.



25. Cenefa para el delantal núm. 24.



26. Cenefa para el delantal núm. 24.

sencia de su adorado hijo.

Susana no se venció sin combates y sin luchas; los colonos la vieron enflaquecer y quedarse tan delgada como la sombra de la hermosa joven de nieve y rosa que habían conocido; una funebre palidez se extendió por sus mejillas; por la noche dejaba el lecho y se sentaba al lado de la ventana, rezaba mirando á las estrellas, y sólo la calma mages-tuosa de la naturaleza devolvía á su corazon un poco de tranquilidad.

Sin embargo, no se dejó abatir ni anonadar por las olas de aquel amargo dolor que la envolvía; con un valor heroico oponia á sus angustias morales los cuidados materiales de la vida; del mismo modo que ántes, se ocupaba asiduamente de sus pequeñas educandas; trabajaba para la iglesia, iba á visitar y á socorrer á los pobres; el trabajo, ese fiel

auxiliar contra los sueños peligrosos;

el trabajo, ese bien de los bienes, la preservaba contra todo arrepentimiento del sacrificio terrible que había llevado á cabo, y trataba de no dejar ocioso un sólo instante de sus largos días.

Sin embargo, las noches de aquel invierno fueron bien tristes para la pobre joven; sola en su salon, sentada al lado de su chimenea y trabajando ante un velador que sostenia una modesta lámpara, algunas veces dejaba su bordado y buscaba en la lectura un remedio á sus dolorosos pensamientos; lloraba su perdido amor, y quizá también la espléndida corona de marquesa que se le había ofrecido, y que había separado con mano firme de su frente.

¡Qué soledad la rodeaba y qué brillo la hubiera cercado si hubiera aceptado el amor de Raoul! ¡Qué pobre era y qué opulenta podía haber sido!

Contra estos pensamientos buscaba en su velador el libro admirable que el sublime Kem-pis ha dado á los cristianos como un bálsamo del alma: *La imitación de Jesucristo* refrescaba no sólo las llagas de su amor, sino también las de su orgullo; leía algunas páginas, miraba al cielo, y luego, tranquila y sonriente, tomaba de nuevo su labor.

Un día, á la hora en que terminada su clase, iba á sentarse á la mesa para

almorzar, entró el señor vicario; Susana le invitó á acompañarla en su modesto desayuno.

—Acepto, hija mia, dijo el anciano; amo la soledad, pero soy dichoso cuando alguna vez puedo interrumpirla con vuestra dulce compañía.

El almuerzo empezó; huevos, leche, frutas y oloroso miel con pan blanco fueron los manjares que la joven maestra pudo ofrecer al buen vicario.

Al terminar el desayuno, el anciano tomó la palabra en estos términos:

—Voy á explicaros, mi querida Susana, el objeto de mi visita; vos me habeis hablado hace algun tiempo de una proposicion de matrimonio que se os ha hecho, y á la que habeis contestado segun exigian la religion y ese orgullo delicado que la misma religion no prohíbe; á mi vez, yo vengo hoy á proponeros una union ménos brillante, pero que tiene sin duda alguna más probabilidad de dicha para vos. Hubert, el arrendador, os pide en matrimonio, y sus padres desean con ardor que acepteis el ofrecimiento de su hijo.

—¡Hubert! repitió Susana estupefacta.

—Hablad, hija mia, dijo el cura, hablad con toda franqueza; vos no teneis padre; haced cuenta que yo lo soy.

—Pues bien, señor, dijo Susana; ¿esta union, no es tambien muy desproporcionada para mí? mi familia es ilustre; mi padre ha desempeñado durante muchos años un cargo honorífico en la magistratura; mi educacion, si no sólida, no ha sido tampoco descuidada; durante cinco años he asistido á uno de los más brillantes salones de París, en casa de la condesa de Herblay... Padre mio, me asustaba elevarme... pero me asusta más el descender tanto!

Algunas lágrimas cayeron de los bellos ojos de Susana; al lado de su padre jamás se le hubiera propuesto semejante union.

—Mi querida hija, repuso el sacerdote tomando tiernameamente entre las suyas la mano de la maestra; oidme con atencion; oid á vuestro viejo amigo, que aunque ya mira más al cielo que á la tierra, no desconoce las flores y los abrojos de ésta; es verdad que en vuestro casamiento con Hubert hay desproporcion; vos sois infinitamente superior en todo á esa rica pero humilde familia; vuestra cuna, vuestra educacion, vuestro talento, vuestra hermosura, todo esto merecia más alto destino; pero la suerte os ha colocado algunos escalones más abajo de lo que debíais estar, y vos habeis aceptado con cristiana humildad vuestro sitio; no temais bajar un nuevo escalon; es el último que descendéis, y en medio de esa familia sencilla y buena, brillareis con todo el prestigio de vuestras admirables ventajas; la desproporcion que vos conoceis y yo tambien, sólo se hará sentir para vuestro bien; vos sereis recibida en casa de los Hubert con alegría, con ternura y con gratitud, pues así vuestro pretendiente como sus padres conocen cuán superior sois á ellos; vos hallareis, estoy seguro, de qué llenar vuestro corazon en esas dulces y legítimas afecciones; vos sereis dichosa con la dicha que deis, con la union que reinará alrededor vuestro, con las obras de caridad, que ya rica con la fortuna de vuestro esposo, podreis llevar á cabo más fácilmente que hoy; y dentro de algunos años, esposa feliz de un marido, lleno de buen sentido y de honor, que os adorará, os direis que la felicidad no existe acá abajo más que en la moderacion y en la medianía.

Susana guardó silencio; reflexionaba profundamente; comparaba la suerte que se le proponia con la que en otro tiempo Raoul le habia ofrecido, y un sentimiento dulce penetraba en su corazon.

La vida modesta y oculta de una mujer, de una madre embelleciendo por sus talentos el interior que el marido protege por la fuerza y la inteligencia, esta vida apacible le aparecia llena de encantos.

Poco tiempo ántes el mundo y el atractivo de la riqueza la habian deslumbrado; pero temiendo á la humillacion de verse desconocida y acusada por una familia opulenta habia huido de ellos; ahora su pensamiento reposaba en la perspectiva del trabajo y de las afecciones domésticas; y, entrando en una familia que la llamaba con ternura, se sentia digna y satisfecha, y por consecuencia, con facilidad para ser dichosa.

—Padre mio, dijo despues de algunos instantes de silencio; vuestra voz ha llegado á mi alma; dejadme tres dias para reflexionar, y al cabo de ellos creo que podreis llevar un sí leal y firme al buen Hubert.

VII.

Mucho tiempo habia pasado; la más bella fiesta del año se celebraba en medio de las pompas del más hermoso dia; la iglesia rezaba la institucion del Santo Sacramento de la Eucaristia.

La procesion que llevaba en triunfo á Dios sacramentado, despues de haber seguido una larga calle bordada de árboles y sembrada de flores, se detuvo ante

un altar elevado á la puerta de la rica quinta de la Char-moise, propiedad de la familia Hubert.

Un lujo agreste y lleno de gusto habia presidido á la decoracion del altar; la antigua bóveda de la puerta de entrada formaba el arco de la capilla, y grandes masas de flores, cortadas en el jardin, en el bosque vecino y en la pradera, tapizaban las piedras grises; el altar levantado en el fondo estaba deslumbrador de luz, y letras formadas con rosas trazaban encima del tabernáculo las palabras *Ecce panis angelorum*.

Al derredor del altar se hallaba la familia del colono Hubert; sus viejos padres, rejuvenecidos por la alegría, llevaban sobre sus figuras respetables la aureola de una vida consagrada al trabajo y á la virtud; Hubert estaba detras de ellos, de rodillas, con el aire recogido, y cerca de éste Susana, cuyo noble y dulce rostro tenia una expresion de quietud y de dicha.

La jóven tenia en sus brazos un hermoso niño de seis meses; otros dos de cinco y seis años de edad estaban prosternados delante de su madre que, parecia ofrecerlos á la bendicion divina.

El notario Mr. de Javigni y su esposa, que habian venido á ver á sus amigos, rezaban con ellos y participaban de la piadosa alegría que reinaba en la familia.

El palio bordado por Susana llegó hasta el altar; el vicario se arrodilló, y despues de orar algunos instantes, se puso en pié y elevó la custodia para que el pueblo la adorase; el sol radioso iluminó de lleno el augusto tabernáculo donde un Dios se ofrecia á la adoracion de sus hijos; los monaguillos mecieron los incensarios, y nubes azuladas de perfumado incienso se elevaron hácia el puro firmamento.

Todas las frentes se inclinaron; de todos los labios se elevó una oracion, y las jovencitas, en otro tiempo educandas de Susana, arrojaron á los aires una nube odorífica de hojas de rosa.

Despues del descanso y de la plegaria hecha á la puerta de la quinta, el anciano cura entró de nuevo bajo el palio, llevando en sus manos la custodia, y despues se alejaron bajo los grandes árboles la cruz de plata, los estandartes de seda, los trajes blancos de los jóvenes y el cortejo pacífico de los sacerdotes que rodeaban al Divino Cordero.

Un carruaje se hallaba detenido á la orilla del camino; sus dueños habian bajado de él; y se habian arrodillado ante el Santísimo Sacramento; cuando la procesion hubo pasado se levantaron y se acercaron á la familia Hubert que les recibió con un grito de alegría.

Eran Raoul y su esposa; la esposa que su padre le habia elegido, y ambos parecian felices y contentos.

Raoul saludó á Susana con respeto y estrechó la mano de Hubert; Mad. de Nugent abrazó á la Sra. Hubert con una amistad de hermana; luego los opulentos esposos volvieron á tomar el carruaje y se alejaron en direccion al castillo.

Cuando hubieron desaparecido Susana miró en torno suyo; y al ver á su familia tan unida, su marido satisfecho, sus viejos padres llenos de alegría, sus hijos llenos de porvenir, se dijo:

—Todos somos dichosos, porque ni Raoul ni yo hemos salido de nuestra condicion. ¡Gracias, Dios mio, por no haber permitido que yo fuese un instrumento de turbacion, y haber hecho, por el contrario, que pueda traer alguna alegría á la familia que me ha adoptado!

Otra maestra ocupó el sitio de Susana en la escuela del pueblo; y aunque no tenia las sobresalientes dotes de aquella, guiada por los consejos de Mad. Hubert, alcanzó á llenar su difícil cargo con acierto.

—No tengais por insignificante vuestra tarea, amiga mia, le decia Susana; no hay posicion que la virtud y el talento no puedan embellecer; vuestra mision además es grande y benéfica; sembrar el bien y hacer fructificar la rica semilla de la religion en esas jóvenes almas, es un trabajo noble y honroso que Dios os recompensará y que la sociedad aprecia ya, y apreciará más cada dia, si se llena con buen deseo é inteligencia.

FIN.

BIBLIOGRAFÍA.

El libro que vamos á examinar, titulado *¡Jerusalem!*, es de esos que dejan en nuestra alma una profunda huella de sentimiento, comunicando á nuestro espíritu ese

consuelo inefable que sirve de bálsamo á las rebeldes heridas.

El Sr. D. Manuel Ibo Alfaro, distinguido escritor, conocido sobradamente por el indisputable mérito de otras obras que le han dado justo renombre, condensa así el pensamiento de su libro en el prólogo que precede al mismo:

«En este libro pretendo hacer una descripcion exacta y detallada de Jerusalem y sus alrededores, porque aunque mucho se ha escrito de la Ciudad Eterna, y mi pluma sea quizás la más humilde de cuantas de ella se han ocupado, aún queda mucho que decir, aún queda bastante que aclarar.»

El Sr. Ibo Alfaro, á imitacion de Lamartine, recoge hasta los pensamientos silenciosos que se desprenden de las copas de aquellos árboles, y lo mismo que Mentarry, va explicando punto por punto todos los Misterios de la religion relacionados con aquellos santos lugares, con una verdad y una belleza que encantan. Sus elegantes descripciones, sus elocuentes periodos históricos conmueven de tal manera al lector, que parece que tiembla al pisar aquella tierra llena de santos recuerdos de cristianos pensamientos, de católicas creencias, que se van impregnando en el ánimo como se impregna en nuestros vestidos el perfume de las flores.

El autor de *La violeta* y *La cruz y la golondrina*, despues de recorrer Egipto y la Palestina, de grabar su nombre en las Pirámides, de bañarse en el mar Rojo, de admirar las ruinas de Eliópolis, de beber el agua del Jordan, de llorar en Belén, y de haber rezado al pié del árbol de la Virgen, hace su entrada en Jerusalem, donde le parece aún escuchar la tremenda voz de Jeremías condenando su pecado.

La descripcion que hace de la ciudad ¡decida es magnífica; allí va paso á paso recorriendo aquellos santos lugares, regados con la sangre de Jesucristo y las lágrimas de María, despertando al mismo tiempo la fe de los corazones indiferentes, y rociando las almas con ese rico perfume que brota de las creencias y se desarrolla al calor de melancólicos recuerdos y profundas emociones.

¿Quién no se estremece y tiembla ante las palpitaciones de su pecho, al sentir, puede decirse, el contacto de aquellos grandes Misterios de la pasion de Jesucristo? El monte Olivete, el torrente Cedron, el Huerto de Getsemaní, el Cenáculo, la tumba de David, la casa de Pilatos, Belén, la calle de la Amargura, ruinas del Templo de Salomon, el Monte Sion, el valle de Josafá, el Jordan, Jericó, la gruta del Santo Sepulcro, el Calvario y otros muchos, descritos con la sencillez, la verdad y la elegancia del Sr. Ibo Alfaro, avivan la fe de las creencias, por perdida que esté, y hacen brotar en las almas cristianas esos torrentes de luz que alumbran el camino de la vida eterna.

Puede asegurarse que es imposible leer sin conmoverse, sin sentir rodar las lágrimas por las mejillas, aquellas sentidas descripciones de lugares y monumentos que acariciaron al nacer la religion de nuestros padres, y que la prestaron fe y aliento en sus primeros pasos. De aquella cuna de nuestra redencion, que amamantó además los Misterios que la constituyen y que van atravesando los siglos, por encima de todos los errores y todas las asechanzas de los que intentan rebajar su grandeza, admirada por todas las generaciones.

Réstanos felicitar al Sr. Ibo Alfaro por su bellissimo libro, escrito con la correccion y la magia de su acreditada pluma, así como con el sentimiento cristiano que late en su corazon y es el símbolo de gloria de nuestros padres.

ANTONIO ALCALDE VALLADARES.

LAS PUERTAS DEL CIELO.

CUENTO.

Vivia en una pobre cabaña, cerca de un espeso bosque, llamado el *bosque de San Pedro*, una viejecita muy curiosa, arrugadita, quemada por el sol y curtida por el viento, pero ágil y sana como una muchacha. Desde que Dios amanecía ya estaba la abuela Petra, que tal era su nombre, hila que hilarás á la puerta de su choza, y ¡saben ustedes por qué madrugaba tanto para trabajar? pues era porque tenía consigo á tres niños, nietos suyos, que se habian quedado sin padre ni madre y sin otro amparo en el mundo que su pobre abuela.

Una noche de invierno que nevaba mucho, mucho, la abuela Petra estaba, como siempre, dando vueltas al huso, que se escapaba de sus ateridos dedos.

—¡Señor! decía, ¡Dios mío, si no siento las manos; se me hiela la saliva en los labios y no puedo hilar! ¡Santo Angel de mi guarda! ¿Qué va á ser de estos pedazos de mis entrañas? mañana no tendremos ni lumbre, ni pan: el monte estará cubierto de nieve, y no podré recoger ni siquiera un poco de leña, para que se calienten estos angelitos.

Diciendo así la pobre vieja, miraba á los tres niños que se habian dormido acurrucaditos unos junto á otros en derredor de ella. Los ojos se la llenaron de lágrimas, y sin poder contenerse, continuó, llorando:

—¡Santo Angel de mi guarda! decía, San Pedro bendito, mi Santo patrono, consentia en estar veinte años, Señor, veinte años, esperando á las puertas del paraíso, y que no me dejárais entrar, con tal de que mis nietecitos no pasaran hambre ni frío! ¡Oh! ¡Dios mío, y cómo nieva! ¡Nada, no podré coger ni un poco de leña, ni acabar este lino! ¡Tengo las manos heladas! ¡Marta, mi querida Marta! que te fuiste al cielo, diciendo mi madre cuidará de mis niños. Los sollozos ahogaban á la pobre vieja, y los ojos se la nublaban de tanto llorar.

De repente se oyó á lo lejos el sonido de una trompa de caza y los ladridos de una numerosa trailla.

—¡Jesús, mil veces! exclamó toda aterrada y trémula, la vieja Petra: ¿quién será el desdichado caballero que sale de caza con esta noche, y en un bosque en el que jamás ha penetrado criatura humana? ¡San Pedro bendito lo ampare! ¡Esto es tentar á Dios! ¡El mismo Juan Diablo no se atrevería á cazar en este monte en tal noche y á tales horas!

Apénas la anciana habia acabado este monólogo,

cuando el ruido, acercándose más y más, aumentó de tal manera, que los ladridos de los perros parecia resonar dentro de la misma cabaña.

Los muchachos despertaron despavoridos, y cuando abrian la boca para preguntar á su abuela, tres golpes recios y secos resonaron en la puerta de la choza, ahogando la voz en los labios de los niños y pintado el espanto en sus ojos.

—¡San Pedro bendito! gritó la vieja: ¿quién llama á estas horas?

—Llama quien puede entrar sin que le abras, vieja maldita, dijo una voz ruda.

Y al propio tiempo la puerta de la cabaña cayó hecha astillas, y un caballero alto, muy alto, con unos grandes bigotes que le llegaban hasta las orejas, vestido todo de negro, sin que la nieve hubiera cuajado al caer sobre su capa, más oscura que la noche, penetró en la estancia. Era el caballero, ya lo hemos dicho, muy alto, tan alto, que tocaba con la cabeza en el techo. Detras de él habian penetrado una porcion de perros, todos negros, en cuyos cuellos gordos y lustrosos relucian collares de oro. Los perros se sentaron á los pies de su amo y pusiéronse á mirar á los niños, que muertos de miedo, no se atrevian á respirar.

—¡Voto al diablo, mi patron! dijo por fin el caballero, rompiendo el silencio, que la noche está fria y negra como mi capa! pero se me ha puesto en la cabeza cazar en el bosque de San Pedro y lo haré.

—Bien, señor; ¿en qué puedo servirle á V.? dijo la pobre vieja, que estaba más muerta que viva.

—Tú, en nada; pero me voy á llevar á estos chicos para que vayan delante y enseñen el camino á mis perros.

—¿Que se va V. á llevar á mis nietos? gritó la anciana, enderezándose como una serpiente, á la que hubiesen pisado la cola.

—Sí por cierto, ¿no lo has oído? vieja de Satanás. Pero no tengas cuidado por ellos; los pagaré bien y comerán con mis podencos, probablemente mejor que lo hayan hecho en su vida.

—¿Pero cree V., señor, que yo voy á consentir?

—Pues ya lo creo; ¿y por qué no?

—Antes me viera comida mil veces por vuestros galgos. ¡Jesús mío! ¡Jesús bendito! ¡Santo Angel de mi guarda! ¡San Pedro bendito, mi patrono, amparadme! ¡Amparad á estos pedazos de mi alma, que me los quieren arrebatar!

—¿Pero estás loca, bruja, para gritar de esa manera? ¿No ves á tus nietos qué tranquilos están?

Con efecto; los niños, pasado el primer momento, no manifestaban miedo alguno, y se habian puesto á mirar más de cerca á los perros y á jugar con los hermosos collares.

—Vamos, muñecos, ¿quereis veniros conmigo léjos, muy léjos? exclamó el caballero dirigiéndose á los muchachos.

—¡Hará V. mal á nuestra abuela! dijo el que parecia el mayor.

—Al contrario; la dejaré este bolsillo para que coma pan blanco, y viva si quiere en la ciudad hasta que vosotros volvais.

Y diciendo esto, arrojó sobre las rodillas de la anciana, que le miraba sin verle, un bolsillo de seda por entre cuyas mallas se veia brillar el oro.

—Tómelo V., abuela, dijeron los niños, tómelo V., que nosotros no tenemos miedo á este señor, y nos iremos con él á donde quiera.

—¿Qué os ireis con él? exclamó la abuela loca de dolor.

—Sí, ya lo oyes, añadió brutalmente el caballero; y los llevaré tan léjos, que trabajo te mando si pretendes irlos á buscar.

—¿Pero si yo no quiero que se vayan! ¡Dios mío! ¡San Pedro bendito! ¡Santo angel de mi guarda! ¡Si yo no quiero!

—Pero quiero yo, bruja.

Y diciendo así el cazador, tomó á los niños uno de cada mano, y poniendo el más pequeño á caballo sobre sus hombros, salió de la choza sin que la anciana hubiera acertado á moverse de su rincon, en donde la sujetaba y sostenia el miedo.

Cuando el cazador y los niños hubieron salvado el dintel de la cabaña, la vieja encontró sus pies desentumecidos y salió gritando como una loca: pero sólo veia lo blanco de la nieve y lo negro de la noche.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿quién se lleva mis nietecitos? exclamó la infeliz entre sollozos.

—Juan Diablo, la contestó una voz á lo léjos; Juan Diablo. Ven á buscarlos si te atreves.

Al oír esta contestacion la pobre abuela, cayó sin sentido sobre la nieve.

(Se continuará.)

SOFÍA TARTILAN.

Unico Agente ANTONIO ESCAMEZ
Preciados, 35, entresuelo, Madrid
En París su representante Mr. SAISSET, Rue Cadet, 11.

ANUNCIOS.

PRECIOS
Anuncios. 1 peseta 50 céntos.
Reclamos. Precios convencionales.

PERFUMERIA DE PASCUAL

Arenal, 2, Madrid.

Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.

En esta acreditada perfumeria es donde deben comprarse todos los artículos de perfumeria fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio

TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montaña, 8.— Madrid.

París. — ESTACION DE INVIERNO — París.

AVISO A LAS SEÑORAS

Los GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS, de PARIS, tienen el honor de participarla que en Catálogo General Ilustrado, el cual comprende la nomenclatura de las novedades de invierno en Sederias, Fantasia, Lanas, Terciopelos, etc., etc., así como los grabados de las últimas modas en Vestidos, Trajes, Confecciones y Abrigos para Señoras y Niños, se halla actualmente en prensa. Este gracioso Album de la Moda será repartido Gratis y Franco á todas aquellas personas que tengan á bien pedirlo por carta franqueada.

A Monsieur JULES JALUZOT, GRANDS MAGASINS DU PRINTEMPS — PARIS

MONTURAS PARA SOMBREROS.

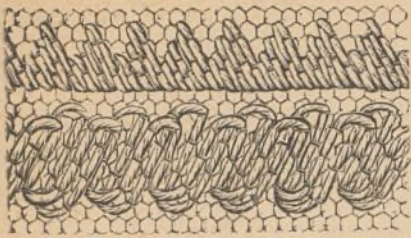
VALVERDE, 6, SOMBRERERÍA DE KUHN.

COMPANIA MADRILEÑA DE ALUMBRADO Y CALEFACCION POR GAS

REBAJA EN EL PRECIO DEL GAS

DESDE EL 1.º DE OCTUBRE PRÓXIMO EL PRECIO DEL GAS ES

EL DE **1 REAL 75 CÉNTIMOS** EL METRO CÚBICO

29. Entredós para el cuello
núms. 31 y 32.

so que domine ésta última. Con su antiguo vestido de moiré puede V. hacer un gran chaleco ó plaston y solapas en las mangas, y á lo largo del paño de delante de la falda y los paños de costado y en el borde inferior, anchatira cortada á picos; debajo un rizado de lana, y debajo de éste, un volante tableado de moiré.

Si la sobra-se á V. moiré, podría V. mandarse hacer un sombrero, y aún adornar una de esas casacas que se llevan encima de los vestidos y están tan de moda en el día.

A la sombra perfumada de mis bosquejillos.—La vida práctica es muy dura: es una perpétua batalla que no deja al espíritu un momento de reposo. Pero preciso es ser fuertes y saber sufrir si no se quiere que mayores males vengan á perturbar la existencia.

Piense V. que su suegra, por atrabiliario que sea su carácter, es una anciana que se encamina al sepulcro, y que la debe V. veneración y respeto; piense V. que su tolerancia con ella la conquistará el corazón de su esposo, y que su dulzura y mansedumbre ofrecerá un bello ejemplo á sus hijos; piense V., por último, que en el deber cumplido se hallan resumidos todos los gozes de la vida.

Paula.—Ya no se ponen ricos cachemires en las canastillas de boda, sino una elegante confección de entretiempo ó de invierno.

Una antigua suscritora.—Es el ama de casa la que da la señal para levantarse de la mesa. Al instante los convidados ponen su servilleta sin doblar al lado del plato y se levantan.

A. G.—Hay muchas recetas para destruir las hormigas. Buscar y destruir el hormiguero es la más segura. Sin embargo, puede emplearse el ácido fénico, el amoníaco y la melaza, poniéndola en un plato: las hormigas acuden, y cuando está lleno, se sumerge el plato en agua hiviendo.

***.—La pasta epilatoria Dusser es de un efecto seguro para quitar el vello.

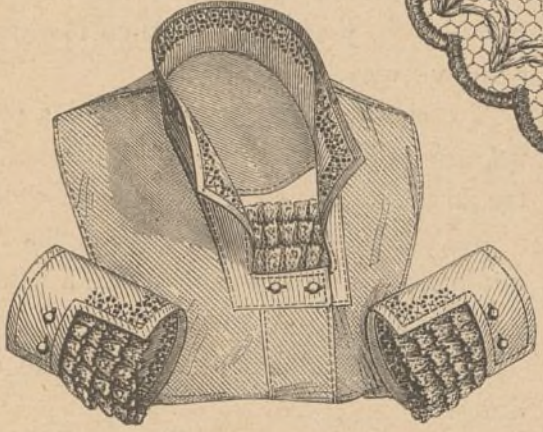
ECONOMÍA DOMÉSTICA.

MODO DE UTILIZAR LA FRUTA.

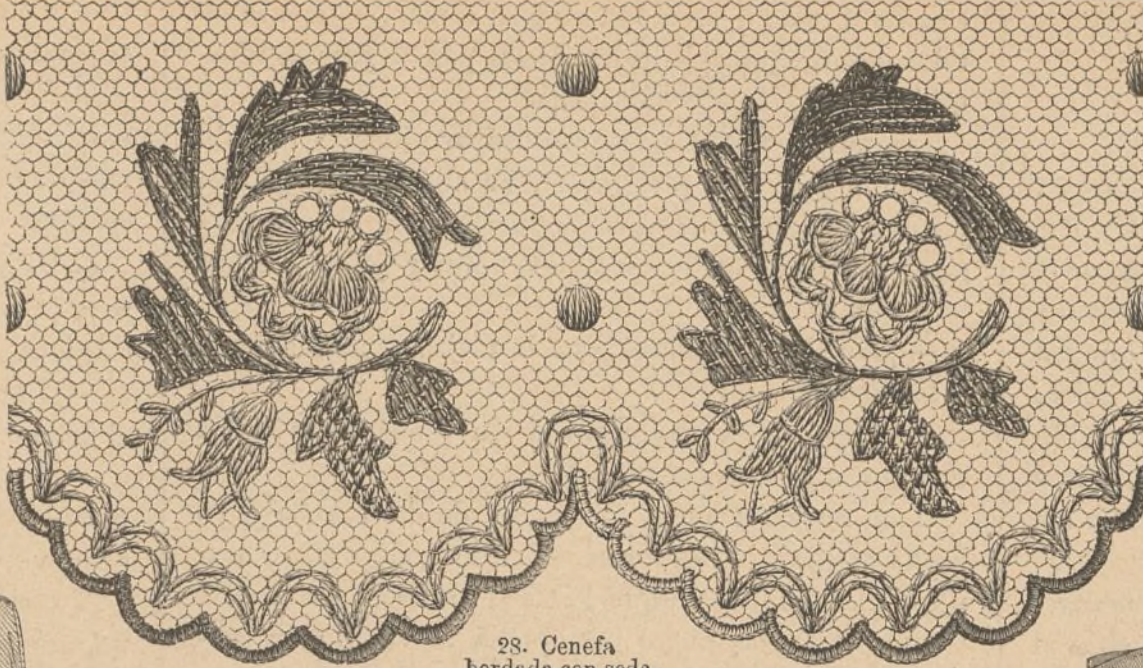
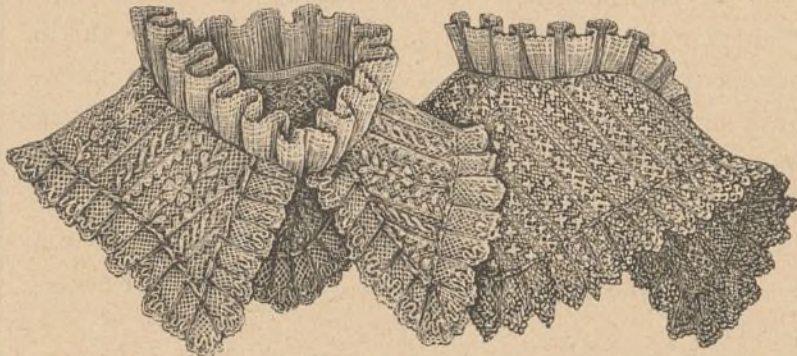
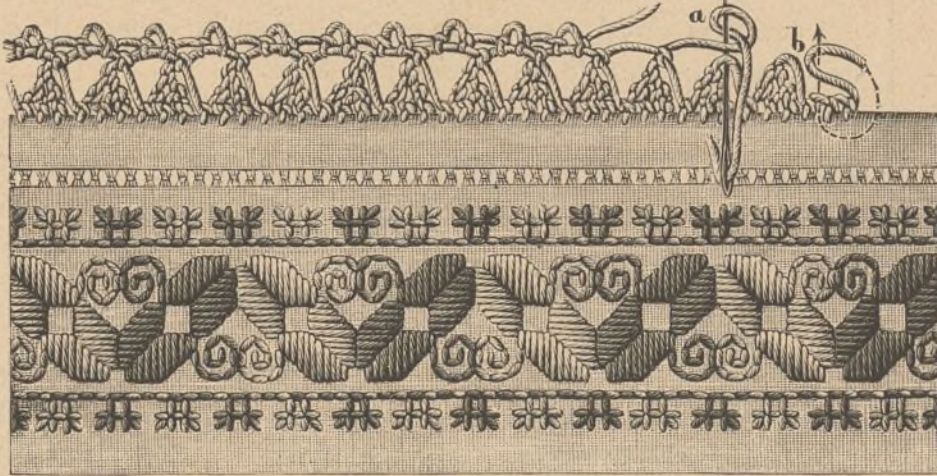
Hé aquí una receta muy poco conocida para conservar las uvas que tan agra-

CORRESPONDENCIA.

Adelina.—El moiré vuelve á estar de moda, pero para combinarlo con la lana, es preciso



33. Cuellos y puños con encajes.

28. Cenefa
bordada con seda.31 y 32. Cuello bordado en tul. (Véanse los núms. 29 y 30). Patron: pliego del 18 por el
reves, núm. X.II, fig. 38).

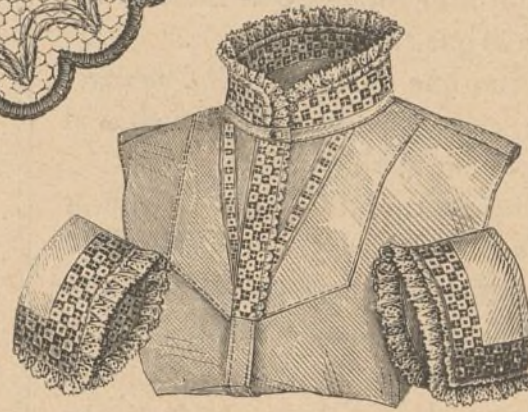
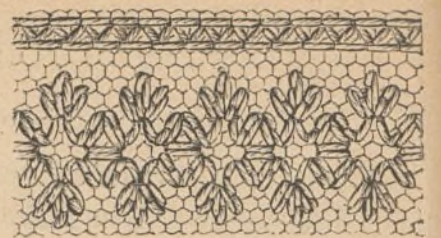
36. Bordado para la camisa núm. 37.

37. Camisa de mañana. (Véase
el núm. 36.) (Patron: pliego del 18
por el reves, núm. VII, figs. 2. á 33).38. Cróquis del
núm. 1 del
CORREO anterior.39. Cróquis del
núm. 7 del
CORREO anterior.

35. Bordado para el cuello núm. 34.



44 y 45. Matinée. (Paletot de mañana.)

31. Cuellos y puños bordados.
(Véase el núm. 35).30. Entredós para el cuello
núm. 31 y 32.

dables son en invierno. Se toman racimos de uva moscatel, cuyos granos no estén muy apiñados ni muy maduros. Después de haberles dado algunos hervores en azúcar clarificado que los cubra, espumados y cocidos, se retiran del fuego y se dejan en una fuente hasta el otro día.

Entonces se escurren los racimos, se les coloca por hileras sobre planchas de hierro batido, se espolvorean de azúcar, y se ponen en una estufa, en el horno caldeado ó en paraje muy caliente durante cuatro días, cuidando de espolvorearlos de azúcar cada día.

MANERA DE CUBRIR LOS TARROS DE DULCE.

Muchas veces no sale bien un dulce y no atinamos por qué, dependiendo de la más fortuita circunstancia. Es preciso no dejar enfriar los dulces en el perol, sino echarlos calientes en los tarros, que se dejan descubiertos en paraje en donde no haya humedad. Luego se cortan unos papeles del grandor y forma de los tarros, se empapan en buen aguardiente y se ponen sobre el mismo dulce. Encima se coloca otro papel grueso ó cartulina, cuidando de que éste no toque al dulce; se atan bien y resguardan en un sitio seco.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1377.

FIG. 1.^a Traje para recibir en casa.—Este elegante vestido es de dos telas á rayas la falda, y color de tierra liso la túnica, cuya forma es sumamente graciosa. Por abajo lleva un doble plissé de la tela, y está toda adornada de ancho galon á rayas negras y amarillas (color de ocre), que es el color de moda. Lazos amarillo más claro la sostienen y completan. Paletot liso á rayas negras y amarillas, abierto en el centro de atrás para dejar que asome un plissé de la tela de la túnica.

FIG. 2.^a Traje para baile ó reunion.—Vestido de seda azul muy claro, adornado con galones bordados de colores vivos. La primera y la segunda falda van tableadas. Sobre ellas se abre la túnica adornada con un lazo encarnado, de largas caídas, desde el cual sube fruncida hasta la cintura. Cinturón encarnado con lazo y tres rosas al lado. El cuerpo, de escote cuadrado, está guarnecido con una ruche de tul, bordada de colores lo mismo que las mangas cortas.

Medallón y pulseras de oro, guantes blancos largos y grupo de rosas encarnadas en el peinado.

40. Vestido para niña de 12
años. (Véase el núm. 41).

41. Espalda del núm. 40.

42. Inagua con cola añadida. (Patron: pliego del 18
por el reves, núm. IX, fig. 35).43. Inagua con cola abotonada. (Patron: pliego del 18
por el reves, núm. X, fig. 36).

Las Sras. Suscriptoras a la 1.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUSTRADO 1377.

Editor-propietario, Carlos Grassi.

Tel. de G. Estrada, Doctor Fontquet, Madrid

Administración: Montera, 11, Madrid.

Núm. 37

SUMARIO:
ses para ni-
ca floreada
ría.—Traje
cotado con

REVI

En vista
rizados, y
los género
macenes d
guraros, l
modano s
sible en e
y el género
en absolu
novedad l
nos. En
villas de
ademas d
tendrá la
ta á toda
nes con o
chada, ha
dour á flo
solados e
tono más
que form
rayas de
tas, curv
cadas; lu
todos col
nos muy
pekines d
los terci
que se ha
ó abierta
daderas c
se utiliz
faldas, u
en sus ad
saca y otr
pendiente
género s
privilegi
fortunas.
En es
aunque n
tenemos
imitacion
seda, los
lana y se
novedad
tejido ar
de lana y
lor liso, l
lana y se
la de lan
do alma
rís, en l
ha mostr
la estaci
tela que
tiempo y
sarga, la
minando
seca, el
nan con
cachemi
dibujo d